

SANT PERE ALMATÓ I RIBERA, O.P.
Vic 17 de julio de 2013

Pere Almató nació en 1830, en pleno siglo del liberalismo racionalista, año señalado en Francia y también en Bélgica como comienzo de la organización del movimiento *liberal católico*, impulsado por sacerdotes y laicos, que lograron sacar a la luz pública ya en este año el primer periódico católico de la historia, titulado «L’Avenir», con subtítulo *Dieu et liberté*. Deseaban sus promotores ganar para la Iglesia a la juventud intelectual, y estimaban que la democracia podía contribuir grandemente a extender el mensaje evangélico en una sociedad que se alejaba cada día más de la fe.

Nació Almató en Sant Feliu Sasserra, en la comarca del Lluçanés, y diócesis de Vic. Estaba entonces al frente de la Iglesia el Papa Pío VIII, que sufrió prisión en Francia en la época de Napoleón. En noviembre de 1830 no había cumplido aun dos años de pontificado. Durante los mismos luchó a favor de la libertad de culto para los católicos ingleses. Sobrevivió justamente un mes a nuestro mártir, porque murió el 1º de diciembre de 1830. Le sucedió el benedictino camaldulense Gregorio XVI, que falleció cuando Pere Almató tenía 15 años, el 1º de junio de 1846. Obispo de Vic era desde hacía cinco años Pablo de Jesús Corcuera y Caserta. Al morir este gran renovador espiritual de la diócesis en 1835, pasarán trece años sin que le den sucesor, que no llegó hasta 1848, con el nombramiento de Lluçà Casadevall (+ 1852). Sucedieron a este en vida de Almató, Antoni Palau i Térmens (1854-1857) y Joan Josep Castanyer i Ribas (1858-1865), que en 1862 hizo insertar en el Boletín diocesano la noticia del martirio de nuestro Santo.

Tornando al Papa Gregorio XVI, elegido el 2 de febrero de 1831, puede recordarse que tuvo que hacer frente a la situación de la Iglesia en América tras la emancipación de los diferentes países. No apoyó a los mencionados liberales católicos franceses y belgas, pero sí se pronunció en 1836 contra la política anticlerical del gobierno español, de manera particular por la supresión de las Órdenes religiosas, derribo de conventos, y expolio de los bienes eclesiásticos. Es verdad que no logró ningún cambio en aquella política opuesta al catolicismo. Todo lo contrario, las medidas que fueron tomando los gobernantes se extremaron cada vez más. Una de ellas fue la que se refería a la administración de órdenes sagradas. Se prohibieron mientras no disminuyera el número de eclesiásticos. Puede recordarse que en tal contexto se ordenaron de presbíteros, bien que en la capilla del palacio episcopal de Solsona, dos de nuestros Santos: Sant Antoni M^a Claret en 1835, y Sant Francesc Coll en 1836. Se llegó incluso a una ruptura de relaciones entre la Santa Sede y el gobierno de Madrid en octubre de 1836.

La supresión de Órdenes religiosas quedó sancionada por una ley de 27 de julio de 1837, aunque dejó abiertos los colegios de misioneros para Asia existentes en Valladolid, Ocaña y Monteagudo, más algunas casas de escolapios y varios conventos de hospitalarios. Diez años después de esta ley, Almató llamó a las puertas del único convento dominicano existente en España, el de Ocaña.

Otras pinceladas que acercan de algún modo el telón de fondo o clima que rodeó la infancia y juventud de Almató podrían completarse con algunos datos.

En 1844 —contaba 4 años de edad—, se había vendido en Cataluña la casi totalidad de las posesiones rurales de los religiosos, pero, como en otras partes, estos bienes fueron a parar a manos de unos pocos. Iglesias y edificios conventuales se destinaron a diversos usos, cuando no se derribaron del todo para ensanchar calles, trazar plazas o dedicar su espacio a mercados.

Por lo que a la población se refiere, en setenta años, de 1787 a 1857, Cataluña aumentó en ochocientos mil habitantes. Pasó de 875.388 a 1.652.291. Un incremento de más del 88%. Las epidemias, aunque graves, resultaron cada vez menos mortíferas. La inmigración era menor que la emigración catalana. Esta salida de población se dirigió, sobre todo, hacia Cuba y los países del Río de la Plata. En el interior de Cataluña se produjo un movimiento de población de las zonas rurales a las ciudades. Pero el campo mantuvo todavía su población en términos absolutos.

Cataluña, como recordaba Balmes en 1843, participaba en alto grado del movimiento industrial europeo. La mecanización de la manufactura y el sistema fabril comenzó por el sector textil algodónero. A mediados del siglo XIX la importación del algodón se multiplicó por seis, y la fuerza del vapor aplicada a la industria creció veinticinco veces. La manufactura de la lana, que daba trabajo a las comarcas centrales catalanas, sufrió la competencia de los tejidos de algodón que confeccionaban las fábricas del litoral. El carbón llegaba desde Gran Bretaña a un precio tres veces superior al de origen. Las fábricas de Cataluña tendían a concentrarse en el litoral, porque dependían de las máquinas de vapor que consumían el carbón importado por el mar. El comercio se dirigió hacia América, especialmente hacia Cuba¹.

Se advierte en este tiempo en Cataluña un despertar del sentimiento religioso, tras los años duros de la ocupación napoleónica, del trienio liberal de 1820 a 1823, y de la guerra carlista de 1833 a 1840. Almató fue ya testigo de ella. Pero la guerra carlista no frenó la mencionada restauración católica en Cataluña, aunque tuvieron que idearse nuevas fórmulas, tras la supresión prácticamente total de la vida religiosa en 1835, y la desamortización de los bienes eclesiásticos. A nivel eclesial se vive el final del pontificado de Gregorio XVI, y los primeros años de entusiasmo por la elección del joven Papa Pío IX, en junio de 1846 —Almató tenía 15 años—. De inmediato Balmes, en 1847, publicó una obra dedicada a Pío IX. Afirmaba que el nuevo Papa había puesto en expectativa al mundo entero. Roma comenzaba a presentar un aspecto diverso. Entendía que Pío IX destacaba por sus costumbres severas, piedad sincera y profunda, y por una caridad ardiente. Entendía que era sacerdote antes que político, pontífice antes que rey. Consagraba largo tiempo a la oración. Cuando se escribe esta obra que tantos disgustos ocasionó a su autor Almató tenía ya decidido su ingreso en la vida religiosa.

Nació nuestro Santo el 1º de noviembre del recordado año 1830 y, el mismo día Fiesta de Todos los Santos, recibió el bautismo en la iglesia parroquial de Sant Feliu Sasserra, templo que conservaba y conserva aun importantes elementos románicos del siglo XII. Como era costumbre, recibió tres nombres: Pere, Josep y Francesc.

Su padre, Salvi Almató i Euras, era médico rural. La gente lo estimaba por su bondad, espíritu de sacrificio y competencia profesional. Había nacido en Sant

¹ Cf. Albert Balcells, *Història de Catalunya*, Barcelona 2010, 850-853.

Martí d'Albars, cerca de Alpens, en la comarca de Osona. La madre del futuro mártir se llamaba Antonia Ribera i Subiranas, natural de Cervera, en cuya universidad Salvi había cursado la carrera de medicina.

El hermano mayor de nuestro Misionero se llamó también Salvi. Nació en Olesa de Montserrat en 1827 y siguió la carrera de médico. Con el tiempo fue uno de los promotores de la escuela catalana de homeopatía. Se licenció en Barcelona en 1851, y ejerció después su profesión en Santa María del Estany, y poco después en Arenys de Munt. Más tarde se estableció en Vic, desde 1866 en Manresa, y finalmente en Barcelona, donde murió el 1º de marzo de 1889. Fue uno de los socios fundadores del Círculo literario de Vic, y fomentó la creación de Cajas de Ahorros. De hecho dirigió la primera que se estableció en Vic. Publicó varias obras de medicina, unas originales y otras traducciones, particularmente desde el inglés. El ayuntamiento de Barcelona le condecoró con la medalla de plata por sus servicios durante la peste amarilla en 1870.

Pere Almató tuvo también cuatro hermanas, llamadas Antonia, Teresa, Josepa y María. Antonia ingresó en la vida religiosa, pero hubo de desistir por falta de salud. Fue maestra de primera enseñanza y ejerció en Avinyó, Navarces, Oliana, y la Seu d'Urgell. Teresa contrajo matrimonio con Antonio Badía, y Josepa se casó con Valentí Saladich, que tenía una droguería en Prats de Lluçanés. María, en fin, ingresó en la Congregación de Hermanas Carmelitas de la Caridad, fundada por Santa Joaquina Vedruna. Cuando hizo su ingreso en la vida religiosa en Vic estaba dedicada a la enseñanza de niñas, junto con su hermana Antonia, en el pueblo de Avinyó. Murió con fama de santidad en Madrid el 13 de diciembre de 1863, a la temprana edad de 27 años.

El matrimonio Almató – Ribera proporcionó a sus hijos una sólida formación cristiana. El futuro mártir dio desde niño muestras de profunda religiosidad, espíritu de oración y amor a la soledad. Él mismo manifestó a su compañero de misión, el P. Gaspar Fernández, que el espíritu del mal había movido contra él una guerra especial por los años de la infancia.

Desde 1838 a 1840, a consecuencia de la guerra carlista, su familia se desplazó desde Sant Feliu Sasserra a la vecina Oristà. Con indicios de vocación sacerdotal, la providencia hizo que con tal motivo comenzara ya a estudiar latín, ayudado por un dominico exclaustro, vicario de la parroquia, llamado Josep Vinyolas, nacido en Sant Pere de Torellò y perteneciente a la extinguida comunidad de Manresa.

En 1842, todavía no cumplidos los 12 años, pasó a Vic y continuó estudios en una escuela de latinidad que regía un *dómine* llamado Mossèn Mateu. Tenía este maestro fama de exigente y de no ahorrar castigos a sus alumnos. El joven latinista se hospedó en una casa de la ciudad, propiedad de una señora llamada *Rosa dels conills*. Esta acogía a estudiantes y era voz común que se desvivía en atenciones hacia ellos. Terminado el estudio de la gramática con Mossèn Mateu paso a estudiar retórica en las aulas del Seminario.

Tuvo ocasión de conocer aquí algunos dominicos exclaustros, bien porque residían en la ciudad o bien porque la frecuentaban, especialmente por motivos de ministerio apostólico. Uno de ellos fue San Francesc Coll, que en 1843 predicó un famoso novenario en Folgueroles, y en los años inmediatamente posteriores se comentaba ya ampliamente el fruto que obtenía en misiones populares por diferentes comarcas, también fuera de la diócesis de Vic. Además,

en 1846, comenzó a formar parte de un equipo animado por San Antonio M^a Claret, dentro del cual recibió el encargo de coordinar los ejercicios espirituales.

Es verdad, por otra parte, que desde tiempo atrás se difundía por estas tierras propaganda de las misiones dominicanas de Oriente. Además, de su propio pueblo era natural el más tarde obispo en China fray Tomás Badía, hijo del convento de Manresa, que pasó a Filipinas en 1832 y fue ordenado obispo en 1843, cuando Almató se hallaba ya en Vic. Murió en Macao el 1^o de septiembre de 1844. Años más tarde pasará el propio Almató varios meses en aquella colonia portuguesa, camino del Vietnam. Se asegura, asimismo, que el joven seminarista era aficionado a leer la revista «Anales de la Propagación de la Fe», especializada en temas misioneros. De hecho, realizó consultas para ayudarse en su discernimiento vocacional, y las hizo, desde luego, a San Antonio M^a Claret. Este le animó a secundar la vocación misionera.

Trabajo le costó al joven Almató conseguir el permiso de sus padres para irse al noviciado de Ocaña. Ambos eran muy buenos cristianos, pero creían que aquel sacrificio que se les pedía era superior a sus fuerzas y su hijo, por otra parte, no gozaba ciertamente de una robusta salud. Al fin, con el corazón lleno de dolor, le vieron partir, también él afectado por el llanto, hacia Barcelona. Le acompañaba su hermano Salvi. Fue a finales de julio de 1847.

En Barcelona, el domingo 1 de agosto recibió la confirmación, junto con su hermano, la confirmación, porque en Vic continuaban sin obispo. En la madrugada del 2 de agosto, con otro que iba también al noviciado, salió utilizando la posta por el camino de Cervera, la patria de su madre. Pasaron por Lleida y Zaragoza, donde visitó el templo del Pilar, que le pareció muy grande. Faltaban todavía años para que se emprendieran, en el pontificado del Cardenal García y Gil, las grandes obras que vieron su culminación por los años setenta del siglo XIX, inmediatamente después del Concilio Vaticano I. El 4 de agosto llegaron a Madrid, y allí los recibió el Procurador que tenía en la ciudad la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas. Vieron el Palacio Real y alguna iglesia. Al día siguiente, 5 de agosto de 1847, entraron ya en el convento de Ocaña, la tan deseada meta de su viaje.

El domingo 8 de agosto se sentó para escribir a sus padres y hermanos una breve carta, en la que volcó claramente su interioridad. Deseaba que «la Paz de Jesucristo» estuviera con todos los suyos. Llegó a Ocaña muy contento tras un viaje feliz, pero le pesaba la tristeza de sus seres más queridos por la separación. Encontraba fuerzas para animarles a que remontaran la aflicción con la gratitud por el regalo que le había hecho el Señor. ¿Por qué negarle a Dios estos pocos padecimientos? —se preguntaba. La segunda parte de la carta iba particularmente para sus hermanos, y les pedía que obedecieran a los padres y se amaran con caridad unos a otros. Debían estar alegres en la alabanza del Señor, que disponía así las cosas. No se olvidaba, en fin, de transmitir saludos para un condiscípulo futuro sacerdote, llamado Francesc Badía, y para el párroco de Sant Feliu Sasserra. A todos abrazaba con muchísima alegría y regocijo.

En Ocaña contempló por primera vez en su vida una comunidad religiosa masculina. En un artístico convento del siglo XVI se estableció en 1829 un colegio misionero para formar dominicos destinados al Extremo Oriente. Tal carácter específico le salvó de la supresión. Almató tomó el hábito el sábado 25 de

septiembre de 1847, a las 8 de la mañana, como él precisaba. Se lo dio el rector Padre Domènec Tresserra, nacido en Puigcerdá en 1810, e hijo del convento de Manresa. En Manila fue maestro de novicios, y después pasó tres años en Pangasinán, donde hoy están las Hermanas dominicas de la Anunciata. Después enseñó teología en la Universidad de Santo Tomás de Manila. Dos años más tarde del martirio de Almató fue elegido prior provincial.

Comenzó su noviciado alegre y deseoso de transmitir alegría. A la altura de sus 17 años todavía no cumplidos reflexionaba con una madurez de juicio muy destacada. Estimaba que la verdadera paz del espíritu solo se encuentra por los caminos de Dios, y no entre las encrespadas olas del mundo. Sus padres y hermanos no debían llorarle como perdido, sino alegrarse porque estaba verdaderamente encontrado en el caminar hacia la patria celeste. Esto tenía que llenarlos de júbilo, y detestar toda tristeza. Dios así lo había dispuesto, y Él jamás hace cosa alguna que no sea para el bien de sus hijos.

A su hermano y hermanas dirigía, apenas recibido el hábito, este textual mensaje: «Lo que os digo es que alabéis siempre al Señor, y que tengáis presente que el mundo es un engañador, y que sucede a quien le sirve como al que come una especie de manzanas que hay en el valle de la Pentápolis, las cuales a la vista aparecen muy hermosas y dulces, pero por dentro son amarguísimas». (La Pentápolis bíblica entre cuyas ciudades se hallaba Sodoma y Gomorra).

Son contadas las cartas que se conservan del tiempo de su noviciado, pero indican las actitudes íntimas con que lo vivió. Apreciaba el apoyo de la oración de su familia, no quería vivir disperso, pero sí se interesaba por el estado y salud de todos, y sobre todo porque se mantuvieran en comunión con Cristo. «Nuestro deber se dedique solo a aspirar al sumo Bien», escribía el 12 de noviembre de 1847. «Salud y paz en Jesucristo», era el lema con que encabezaba su misiva del 8 de junio de 1848. Su sensibilidad humana aparecía espontáneamente cuando comentaba la muerte de su abuela, que le hizo llorar mucho, también al considerar la tristeza en que había quedado la familia y, de manera particular, porque no se había enterado de la defunción hasta cuatro meses después, y así no había comenzado a rogar de inmediato por su eterno descanso. Les pedía también perdón por no escribirles con mayor frecuencia.

No hace falta entrar en detalles sobre su vida en el noviciado. No fue él muy explícito en sus comunicaciones y, de otro lado, es fácil imaginar aquellas jornadas intensas repartidas entre la oración, el estudio, las clases del maestro, y los momentos de esparcimiento e intensa vida comunitaria. Siguiendo la comunidad, se levantaba a las 4 de la mañana hora solar, y se retiraba a descansar tras la hora de completas, que finalizaba con el canto de la Salve Regina, a las 10 de la noche.

A finales de agosto estaba ya examinado para profesar y se manifestaba contento en grado superlativo. Contaba los días que le faltaban para hacer su completa entrega a Dios, con la profesión de obediencia hasta la muerte. Lo que para él era motivo de alegría, sabía que proporcionaba gran tristeza a sus padres y hermanos, pero les suplicaba que hicieran lo posible para alegrarse sumamente, que lo encomendaran a Dios, y así se hiciera su voluntad y le agradara su sacrificio. Ansiaba la profesión como medio para unirse más con Cristo, en el que ponía toda su confianza.

El 26 de septiembre de 1848 hizo la única profesión que se efectuaba entonces, y era hasta la muerte. Un mes más tarde iba a cumplir los 18 años de edad. En aquella casa misionera de Ocaña añadían un cuarto voto, consistente en estar prontos a partir hacia las misiones, si así lo estimaban los superiores. Pocos días después comenzó con el estudio de la filosofía. Tuvo seguramente como profesor principal al fray Antoni Vinyolas, natural de Sant Pere de Torelló.

La vida del nuevo estudiante, tal como reflejaba en carta a la familia, tenía un fuerte tono de austeridad. Estaba fundamentalmente entregado a la oración y al estudio. A la oración coral dedicaban en el horario de cada día cerca de cinco horas. El futuro y ardiente misionero se esforzó por conservarse en paz y ocuparse perfectamente en el estudio. Así durante tres años dedicado a profundizar en las materias filosóficas, y a lo largo del primer año de teología, hasta el curso 1851-1852 inclusive.

Su hermano Salvi, por entonces, había ejercido ya de médico en Santa María del Estany y, poco después, en Arenys de Munt. Parece que no había asimilado aun el proceso vocacional del joven dominico. Este le escribía, pero no obtenía respuesta a sus cartas, aunque se dirigía a él con dulzura, súplica y ruegos. Estaba, sin embargo, dispuesto a superar «su tímido natural» —decía— y hacerle una serie de preguntas, entre las que formulaba esta: «La milicia de Jesucristo en la que me alisté, ¿prohíbe por ventura que los hermanos se amen unos a otros?». Puede adelantarse que ciertamente se amaron, y Salvi fue uno de los más eficaces promotores de que la memoria de su hermano ya martirizado no se perdiera jamás.

A la altura de los 21 años, y entregado al estudio de la teología, Almató tenía muy asimilado un consejo del Apóstol Santiago (4,15): «Digamos al querer hacer una cosa: ‘Si Dios quiere la haremos’. De este modo estaremos siempre en paz, y sea cual fuere el resultado de las cosas, no nos turbará nunca». (Carta del 10 de marzo de 1852).

Una fecha especial marca la vida de nuestro misionero. Fue el *17 de julio de 1852* en que zarpó de Cádiz la fragata «Victoria» rumbo a las Filipinas, doblando el Cabo de Buena Esperanza. *Hoy, precisamente, hace 161 años*. En ella iba la llamada «misión 76» de dominicos hacia el Extremo Oriente. Habían comenzado a numerarlas a mediados del siglo XVI, y es verdad que en casi todas ellas abundaron apellidos catalanes. En este viaje que comienza en Cádiz el 17 de julio iban 18 religiosos. Uno de ellos era italiano, Tomás María Gentili, que después fue obispo. Obispo será también con el tiempo Manuel Ignacio Riaño, natural de Cantabria. El reparto por procedencias del resto de la «misión 76» fue el siguiente: 1 de Madrid, 1 de Valladolid, 2 de Ocaña, que eran hermanos entre sí, 2 de Andalucía, 2 de Galicia, 3 de Asturias. Los catalanes fueron 5, de Sant Feliu Sasserra (Almató), de Palafrugell (Sebastià Sala i Vives), de Olot (Ramón Reixach), de Vic (Bonaventura Clavería Canellas), de Ribas (Girona) (Antoni Gavanyach Claret).

El barco tomó puerto en Manila cinco meses después de haber zarpado de Cádiz. Fue el 11 de noviembre de 1852. No se piense que pasaban aquellos frailes el día ociosos, mirando a la mar o añorando lo que dejaban atrás seguramente para siempre. Llevaban consigo el convento, y a las horas de oración y celebraciones

comunitarias, añadían las clases, que impartían algunos de los profesores, y utilizaban los libros y material escolar que habían embarcado consigo. Las protegía de manera especial la imagen de «la Naval», es decir, la Santísima Virgen del Rosario.

Descansaron varios días en una casa de vacaciones, y fueron a continuación recibidos solemnemente en el convento de Santo Domingo de Manila. Transmitió a su familia las incidencias del viaje con todo género de detalles. Se conmovía al encontrar gentes que desconocían el Evangelio. En Manila continuó sus estudios de teología, y se ordenó de diácono el 18 de diciembre de 1852. De presbítero, un año más tarde, el 17 de diciembre de 1853. Dedicado a cursos de teología continuó durante dos años largos en el convento de Santo Domingo de Manila.

A principios de 1855, a los 24 años de edad, consiguió lo que deseaba desde hacía tiempo: que lo destinaran a las misiones del Vietnam, o del Tonkín, como se decía entonces. El capítulo provincial le señaló como campo de apostolado el Tonkín Oriental. Conocida la noticia escribió de inmediato a su padre, el 11 de enero de 1855. Le decía que desde tiempo atrás pedía al Señor y a la Santísima Virgen que lo enviaran a tierras del Vietnam. A la vez, manifestaba estos mismos deseos a los superiores.

Un mes más tarde, el 12 de febrero de 1855, estaba ya en Macao, y daba también a su padre más detalles sobre su elección como misionero. En Manila había dedicado meses a estudiar incesantemente la lengua vietnamita. Tal fue el empeño que puso en su aprendizaje que al punto estuvo de imposibilitarse, no solo para el fin que se proponía, sino también, como él mismo confesaba, para cualquier otro oficio. Su gran anhelo era el de sembrar en aquellas regiones del Vietnam la semilla del Evangelio, y así haría fructificar los talentos que gratuitamente había recibido de Dios. Llamado a ser «luz del mundo», le resultaba imposible esconderse. Con vocación para ser «sal de la tierra», debía a hacer uso de la misma.

Los hermanos que quedaban en Manila les acompañaron hasta el buque que iba rumbo a China. Tuvieron mala navegación desde la capital de las Filipinas hasta Hong-Kong, ciudad hacía 12 años fundada por los ingleses. Relatando el viaje manifestaba que los trabajos son la regla por la que se debe medir toda buena obra. Con palabras que pueden considerarse proféticas se expresaba de este modo: «Era muy conveniente y necesario, que los que habíamos escogido una vida llena de trabajos, empezáramos a gustarlos, para poder después apurar el cáliz hasta las heces». Apenas comieron ni durmieron en los doce días que duró la navegación.

En Hong-Kong se hospedaron entre misioneros italianos, en la casa que tenían allí de apoyo para su apostolado en China y Vietnam. Se le antojaba que se abría ante él un mundo enorme, algo parecido a lo que experimentó en su tiempo el Apóstol San Pablo. Con estos sentimientos se embarcó con sus compañeros de viaje en un vapor que, en cinco horas, los llevó desde Hong-Kong al puerto portugués de Macao, donde su Provincia dominicana tenía una casa de apoyo.

Desde Macao volvía a escribir a su padre el 12 de abril, siempre de 1855. A primera vista encontraba la ciudad muy bonita y elegante, configurada en forma de media luna, al extremo de una cordillera, bañada por el mar a una parte, y por un río a la otra. Las casas, hermosas, de líneas europeas, formando una especie de gradas. Las iglesias destacaban por su posición y estructura. En los montes se

divisaban fortalezas. Macao le pareció a su llegada una ciudad deliciosa. Añadía, sin embargo, que la corona de Portugal reportaba allí más pérdidas que ganancias en el esfuerzo que le reclamaba su reducida colonia. Él agradeció muy particularmente el tierno afecto del fraile dominico que se cuidaba de la mencionada casa procura.

Pero el entusiasmado misionero comenzó a sentirse enfermo en Macao. Calificaba esta dolencia, no de intensa, pero sí duradera. Él, que pensaba adquirir fuerzas allí para entrar en una misión que sabía trabajosa, fue debilitándose cada vez más por el espacio de mes y medio. Pero exclamaba aquel joven de 24 años y poco más de un año de sacerdocio: «Bendito sea Dios, que si dio la enfermedad, él mismo ha dado igualmente la salud». Fueron a visitarle los españoles que estaban en la ciudad, que eran muy pocos. También algunos obsequiosos portugueses a quienes correspondió agradecer. Descubrió entonces lo que era realmente la ciudad. Exceptuando algunas casa de comercio, lo demás estaba afectado por la miseria. La industria estaba en manos de los chinos. Estos, a causa de la guerra desencadenada, llegaban a unos 80.000.

De Macao no había podido salir aun en mayo de 1855. Había dicho a su padre en febrero que tenía que llegar alguien desde el Vietnam para acompañarles. Por otra parte, los mares estaban llenos de piratas, y por esto era imposible navegar en barco pequeño. Pero no se dejaba abatir por el pesimismo. Estaba entregado a la voluntad de Dios, y deseaba ser un digno ministro del Evangelio, para lo cual pedía a su padre, y a quienes él pudiera comprometer, la ayuda de la oración a Dios y a la Santísima Virgen. A las dificultades mencionadas para el viaje al Vietnam se añadían otras provenientes de la guerra de China, y sobre todo porque en aquellas tierras del Tonkín no se permitía la entrada a los europeos.

Por fin, sumamente agradecido a las personas con las que se relacionó, el 3 de julio de 1855 pudo embarcarse desde Macao hacia el Vietnam. Esta vez se vio también afectado por el mareo y su estado general no le permitió ni probar un poco del *salchichón catalán* con que le habían obsequiado. A pesar de todo, observó atentamente cuanto le rodeaba. Entre otras cosas describió con todo género de detalles a su padre el sacrificio que ofrendaron los marineros chinos a su dios. Recibió con alegría las molestias de la navegación, ya desde el principio, en un barco pequeño y estrecho.

Durante aquella penosa travesía pudo meditar y soñar en el futuro, al considerar el objeto del viaje. El cielo, la tierra que veía a lo lejos, el mar... Todo le ayudaba a levantar los ojos y contemplar la grandeza del Creador. En otros momentos, por la tempestad que se desató, contempló cercana la muerte, en una tarde muy triste: «Tierra —escribía—, no la había en el mundo; los vientos refrescaban cada vez más». Su único consuelo era ver a lo lejos otra pequeña barca que atravesaba por la misma desdicha. Los tres misioneros que viajaban imploraron el auxilio de Jesús y de María. Verdaderamente experimentaron la fatiga del alma y del cuerpo. En una isla se detuvieron 22 días, simplemente porque le pareció bien al capitán, a fin de componer con maderas buenas y baratas su embarcación, aunque no tenía gran necesidad de restaurarla.

Por fin llegaron con paz y con gran alegría a las costas del Vietnam, pero nadie les esperaba y hasta pensaron que la misión dominicana había desaparecido como consecuencia de una gran persecución. Tras siete días de espera, aparecieron unos catequistas enviados por los frailes que, por casualidad, habían conocido su llegada. En un barquichuelo y a favor de la oscuridad los condujeron

a la casa de un sacerdote indígena. Por la vigilancia que existía en la zona no pudieron reunirse con sus hermanos religiosos hasta pasados seis días. Fue el 4 de agosto de 1855, fiesta entonces de Santo Domingo, en que se reunieron siete de los curtidos misioneros para recibir a los recién llegados. Desde la salida de Manila hasta la entrada en Vietnam transcurrieron casi siete meses.

Los dominicos estaban en Vietnam desde 1676, en que llegaron los Padres Juan de Santa Cruz, del convento de San Esteban de Salamanca y Juan de Arjona, del de Plasencia, en Cáceres. Se ocuparon del llamado Vicariato Oriental. La religión cristiana estaba prohibida, y la prohibición permaneció en vigor hasta 1802. Entonces comenzó un período de paz que duró 20 años. Fue por gratitud del emperador Gia-Long al apoyo que había recibido de los franceses. Con anterioridad, en 1745 fueron martirizados San Francisco Gil de Federich y San Mateo Alonso Leciniana. En 1773 recibieron el martirio San Jacinto Castañeda y San Vicente Liem de la Paz, dominico nativo.

El sucesor de Gia-Long (Minh-Mênh) persiguió de nuevo a los cristianos. Murieron sacerdotes, catequistas y fieles en general. De estos, 77 fueron beatificados por León XIII, entre ellos el hoy San Ignacio Delgado, San Domingo Henares y San José Fernández.

Cuando llegó Almató en 1855 los decretos de persecución de los cristianos estaban en vigor, aunque, de hecho, no se ejecutaban. Pero los misioneros no podían ejercer su apostolado con la libertad que era de desear. En honor a la verdad, tampoco eran hostigados como en otras ocasiones. Los progresos en la evangelización habían sido grandes, y así pocos años antes (1848) dividieron el Vicariato que tenían confiado en dos: Oriental y Central. Almató fue enviado, de hecho, al Oriental. El epistolario dirigido a su familia entra ahora en un período de dos años y medio de mutismo, seguramente porque se perdían las cartas.

Se sabe que los misioneros continuaron fomentando de manera especial las llamadas «Casas de Dios», propias de estas regiones del Vietnam, que fueron muy alabadas por la Santa Sede. Era frecuente que los dominicos recibieran en torno a la misión algunos niños de 10 a 12 años. Los mantenían e instruían hasta enviarlos al seminario o al colegio de catequistas. Después de que aquellos jóvenes recibían el sacerdocio o se convertían en catequistas, se les distribuía por las casas de misión para que ejercieran el ministerio propio. Llevaban vida común con el sacerdote a los sacerdotes. Estos catequistas no contraían matrimonio, y hasta la muerte perseveraban como alumnos de la «Casa de Dios». Eran libres, sin embargo, para volver al siglo si querían, porque ninguno, excepto los sacerdotes, estaban ligados por votos. Los sacerdotes nativos y los catequistas procedían de las «Casas de Dios». El régimen externo de cara a los fieles en cada cristiandad lo ejercía un superior, elegido cada 6 años por los mismos fieles, y aceptado por el misionero.

La persecución contra los cristianos se recrudeció en 1857, dos años después de la llegada de Almató. Comenzaron entonces a llevar a la práctica los antiguos decretos, nunca retirados. Eran perseguidos los cristianos por el hecho de serlo. Para probar si lo eran o no, arrojaban delante de ellos una Cruz para que la pisaran. En 1857 martirizaron, entre otros, al obispo gallego San José María Díaz Sanjurjo. Al año siguiente, 1858, al asturiano San Melchor García Sampedro. Para frenar la persecución, de nada sirvió la llamada expedición franco-española en

1858 y 1859. Poco se consiguió con el esfuerzo que, Francia especialmente, hizo para sacar misioneros europeos del Vietnam y trasladarlos a Macao.

De esta expedición hablaba Almató en una carta a su padre el 15 de diciembre de 1858. Decía entonces que se habían acrecentado sobremanera los males en aquellas misiones. El cuadro que trazaba era desolador: «Un señor Vicario Apostólico fue martirizado atrozmente, varios sacerdotes decapitados, desterrados muchos catequistas y cristianos; destruidos pueblos enteros, y atormentados cruelmente cuantos no querían abandonar la Religión. —Se preguntaba— ¿Quién podrá contar todos los males de estas cristiandades, y llorarlos cual se merecen? Si los superiores me mandaran salir de la misión y pasar a Macao, volveré a escribirles. Al presente no puedo ser más largo. Encomiéndenme mucho a Dios. Memorias a los que Usted sabe que debo estar agradecido».

El dominico Padre Gaínza consiguió que un vapor francés recorriera las costas del Vietnam para salvar, si era posible, a los misioneros que pudieran llegar a determinados puertos. Al Padre Almató le mandaron ponerse en camino para tomar aquel barco, pero llegó cuando ya había partido.

El 3 de agosto de 1859 escribió de nuevo a su padre. Suponía que ya le había llorado por muerto, y él tampoco había pensado vivir hasta la fecha en que escribía, ni tenía grandes esperanzas de sobrevivir a tan grande persecución. Se mostraba convencido de que la astuta política de Europa había burlado completamente las esperanzas de los cristianos. Después paraba a hacer una descripción muy detallada: «Los males que hemos sufrido hasta ahora son grandes; nuestras misiones en otro tiempo muy florecientes han perdido su verdor y hermosura. ¡Cuántos pueblos destruidos, cuántos cristianos robados, cuántos ministros del Señor muertos o desterrados! Da verdaderamente ganas de llorar al ver que a unos los llevan al patíbulo, a otros los tienen sumidos en calabozos por mucho tiempo y a otros, después de haberles saqueado sus casas, se las derriban, dejándoles en la calle sin un pedazo de pan con qué sustentar su vida. ¡Ay de nosotros que hemos pecado!

Continuaba diciendo que el número fijo de desterrados, ya catequistas, ya cristianos, no podía decirlo, por no tener a mano las listas; eran muchos. «Sin contar los dos Ilustrísimos Vicarios Apostólicos de quienes hablé ya a Usted en mi anterior, han sido martirizados además, 19 sacerdotes del país, y varios catequistas y cristianos, de los cuales tampoco tengo el número fijo. Todo esto pertenece sólo a nuestras misiones en las que contábamos 200.000 cristianos. Sería para nosotros algún consuelo el poder prever el fin de tantos trabajos; pero la marcha de los negocios en el puerto de Turón no nos permite arriesgar ningún cálculo».

Comentaba también a su padre noticias que llegaban de Europa, de la guerra entre Austria y el reino de Cerdeña – Piamonte, de que la religión en España parecía que estaba en buen estado, y el episcopado era muy bueno. Rogaba a su padre que, si continuaba leyendo los periódicos, le diera alguna noticia del estado de Europa. Él se hallaba con bastante salud, pero no tan buena como fuera de desear, por las circunstancias que atravesaban. Hacía siete meses que estaban dos europeos ocultos en una pequeña casa, y terminaba así: «Si Usted supiera que me han cogido y martirizado por la fe, no llore, antes bien alégrese por la dicha que me ha cabido. Doy el “A Dios” a Usted, a mi Madre, a mi hermano y hermanas y a nuestros parientes y amigos, por si no les pudiese escribir

otra. Encomiéndenme mucho al Señor y a la Virgen, para que me den las gracias necesarias para morir por su amor». Efectivamente, esta parece que fue la última carta de San Pedro Almató a su familia.

Con el obispo fray Valentín de Berrio-Ochoa fue apresado el 25 de octubre de 1861. Fueron conducidos con un instrumento de tormento al cuello. A la entrada de la ciudad de Hâi-Duong intentaron en vano los soldados que pisaran la Cruz. Se mostraron dispuestos a morir allí mismo antes que pisarla. En una misma cárcel estuvieron los obispos Jerónimo Herмосilla, Berrio-Ochoa y Almató. Ni aun allí dejaron de predicar el Evangelio. Les tuvieron en reducidas jaulas de tormento, dentro de las cuales los llevaron al martirio. Los decapitaron el 1º de noviembre de 1861, 31 aniversario del nacimiento y del bautismo de San Pedro Almató. Antes, les habían concedido como gracia hacer una hora de oración en el mismo lugar del tormento.

El obispo fray Hilario Alcázar, vicario apostólico del Vicariato Oriental, escribía meses más tarde que no sabían qué hicieron con sus cabezas. Los cuerpos quedaron tres días sin sepultar en el mismo lugar del martirio, con centinelas a la vista para que ningún cristiano les diese los debidos honores. Por fin, una fervorosa cristiana, ayudada de otras, después de varias tentativas, pudo en una noche burlar la vigilancia de los soldados y recogió los venerables restos, pero entonces aun no se sabía dónde había escondido su amado tesoro aquella imitadora de las antiguas matronas romanas de los primeros siglos de la Iglesia.

Más tarde se supo que las cabezas de los mártires estuvieron expuestas durante tres días. Los cuerpos fueron inhumados en el lugar del suplicio. Las cabezas fueron recuperadas por la priora de un convento de terciarias dominicas. Los cristianos se hicieron con los restos de los mártires a finales de enero de 1862.

El Capítulo provincial de 186 decía en sus actas que aquella persecución sólo era comparable con las que sufrió la Iglesia en los primeros siglos. Se destruyeron muy numerosos templos, levantados con el sudor de muchos años. Lo mismo cabía decir de muchas escuelas, beateríos de religiosas, casas de los misioneros y de innumerables cristianos. No fueron perdonados los objetos de culto, bibliotecas y demás. Los bienes de los cristianos, o fueron arrebatados por los soldados, o adjudicados al fisco público. Los cristianos de cualquier género, edad, condición y sexo, sospechosos de ocultar a los misioneros o de esconder objetos de culto en sus casas, fueron conducidos a centenares y millares ante los tribunales públicos.

Si no querían pisar la Cruz o revelar cuanto se les antojaba a los mandarines, aunque ignoraran aquello que se les preguntaba, eran llevados a las cárceles, que resultaban insuficientes para contener semejantes multitudes. Muchos murieron allí de hambre, enfermedad y angustia. Se les aplicaba a veces tormentos refinados. En ocasiones se les prescribía el exilio, despojados de todo cuanto tenían. A las adolescentes cristianas las coaccionaban a aceptar maridos paganos con el fin de pervertirlas con mayor facilidad. A veces, después de tanto sufrir, coronaban el testimonio de su fe con el martirio. Para no comprometer a los cristianos con su presencia se vieron obligados a huir algunos misioneros. Otros permanecieron en aquellas tierras para servir de consuelo a los fieles y animarles en la terrible prueba. Entre los muchos sacerdotes y catequistas martirizados se contaban 17 sacerdotes de la Orden de Predicadores.

La noticia del martirio de Almató llegó a España a través de una carta que escribió el P. Hilario Alcázar al Rector de Ocaña, P. Mariano Cuartero. Estaba fechada en el Vicariato Oriental del Tonkín el 23 de marzo de 1862. Por entonces no vivía ya el Dr. Salvi Almató i Euras. Había fallecido el 15 de marzo de aquel mismo año 1862. Sí vivía, sin embargo su madre, D.^a Antonia Ribera. Aseguran que se apresuró a encargarse un funeral en la parroquia de Sant Feliu Sasserra para rogar al Señor por el eterno descanso de su hijo. El sacerdote que recibió sus deseos, le contestó: «A los santos no se les deben hacer funerales. Vuestro hijo mártir se ha ido derecho al cielo».

El martirio de fray Pere Almató causó honda impresión en la diócesis de Vic, en la que vivían muchos sacerdotes que le recordaban del tiempo de sus estudios. En las misiones dominicanas de Oriente abundaban también los misioneros procedentes de esta diócesis. El canónigo Jaume Collell, por su parte, recordaba los comentarios que hacían sobre el martirio los dominicos exclaustros, reunidos en sacristía del templo de Sant Domènec de Vic. Todos se mostraban seguros de que no tardaría en ser elevado a los altares.

El cuerpo de fray Pere Almató fue llevado a Ke-Mot, en el Vicariato Oriental, que tenía como obispo en 1888 a fray Antoni Colomer, nacido en Vic. La cabeza la custodiaron en el Vicariato Central, que en el año mencionado estaba presidido por fray Josep Terrés, nacido en Sant Esteve de Granollers. Era, por tanto, ocasión muy propicia para intentar un traslado. Por otra parte, los restos de fray Valentín de Berrio-Ochoa habían llegado ya a su pueblo natal de Elorrio (Vizcaya), en junio de 1886.

Este hecho animó también a los vicenses a recuperar los restos de aquel misionero que cuarenta años atrás había dejado las aulas del seminario de Vic para secundar su vocación religiosa. Pensaron que sus reliquias podrían honrar la recién construida iglesia de las Hermanas Dominicanas de la Anunciata. Desde Manila fue gran entusiasta de la empresa fray Jaume Andreu, natural de esta ciudad de Vic. Con el tiempo fue socio del arzobispo Nozaleda.

Pidieron los venerables restos las Dominicanas de la Anunciata a través de su director general fray Josep Casamitjana, y de su priora general Madre Rosa Santaeugenia. Los pidió oficialmente el obispo de Vic, Josep Morgades i Gili. El prior provincial de la Provincia de Filipinas fray Lucio Asensio dio su consentimiento para que se verificara el traslado a Vic. El canónigo Collell, director de la Tercera Orden Dominicana en Vic, puso todo su entusiasmo en el proyecto.

El obispo Antoni Colomer dio de buen grado el permiso para que los restos pudieran salir de su Vicariato, y lo mismo cabe decir del obispo Josep Terrés. Este último fue quien los trasladó hasta Manila. En Manila extrajeron alguna reliquia para conservarla en el convento de Santo Domingo. Por fin llegaron a Barcelona a bordo del buque *Isla de Panay* el 5 de junio de 1888. El vicario provincial de los dominicos exclaustros, P. Romuald Espinás, y el Dr. Salvi Almató, hermano del mártir, comunicaban con antelación en una hoja impresa, tanto la llegada, como los actos programados para tributarles el debido honor. Los restos serían conducidos procesionalmente desde la Porta de la Pau a la iglesia de Sant Pere de las Puellas; desde allí a la estación del ferrocarril del Norte, para trasladarlos por tren a Vic. Así se efectuó, en efecto.

En Vic, una gran multitud presidida por el obispo Morgades recibió las reliquias en la estación, y desde allí se formó una procesión hasta la iglesia de Sant Domènec. El féretro lo llevaban a hombros cuatro condiscípulos del mártir. Todas las campanas de la ciudad tocaban a fiesta. En la iglesia de Sant Domènec el rector del convento de Santo Tomás de Ávila, P. Santiago Payá, hizo el panegírico del mártir. Desde aquella venerable iglesia la procesión se puso en marcha hacia la Casa Madre de las Dominicas de la Anunciata. Hizo un alto en la iglesia de las Beatas de Santa Catalina y otro en la iglesia de las monjas dominicas de Santa Clara, donde se cantaron responsos.

La urna con los restos estuvo expuesta un par de días en la iglesia de las Dominicas. Acudían a orar ante ellas vecinos de la ciudad y comarca. En la tarde del 6 de junio hicieron una visita los estudiantes del Colegio de S. José, en el que cursaban latín y humanidades unos 270 alumnos. Rezaron el Rosario y cantaron un himno a la Virgen, después predicó el P. José Cueto, más tarde obispo de Canarias, fundador de la Congregación dominicana de la Sagrada Familia, y actualmente en proceso de canonización.

El día 8 de junio de 1888 los PP. Dominicos celebraron oficios solemnes en la misma iglesia. Predicó el canónigo lectoral Andreu Duran, que fue uno de los más destacados condiscípulos del mártir. En el sepulcro se colocó la siguiente inscripción: *Erit sepulcrum eius gloriosum.*

Los cristianos de Hâi-Duong lograron impregnar paños en la sangre de los mártires, y tomaron las estacas, cuerdas y cadenas con que fueran atados para conservar todo aquello como preciosa reliquia. Se asegura que en la tumba en que estuvo enterrado el cuerpo de Almató se encontró agua. Los fieles iban en su busca para aplicarla a diferente dolencias, a la vez que invocaban el auxilio del Señor por intercesión de su mártir.

Pronto se pensó en incoar el correspondiente proceso de Beatificación y Canonización de estos confesores de la fe, y así, en 1874 había ya un pequeño proceso en Roma. Se inició en los Vicariatos Apostólicos del Tonkín, con declaraciones de numerosos testigos, tanto sobre el martirio, como sobre la vida ejemplar de fray Jerónimo Hermosilla, fray Valentín de Berrio-Ochoa, de fray Pere Almató y del catequista José Kang, fiel discípulo del obispo Hermosilla.

En Vic se hizo también el correspondiente expediente sobre un milagro atribuido a la intercesión del mártir, cuando se celebraba la misa solemne para colocar los restos en un sepulcro en la iglesia de las Hermanas de la Anuncita. Se trataba de una súbita curación, de la que dieron fe numerosos testigos, entre ellos D. Joaquín Soler, capellán de la Casa Madre, y la Priora general M. Rosa Santaeugenia.

El proceso siguió su curso en Roma, y en diciembre de 1905 el Papa San Pío X declaraba que se podía proceder a la beatificación de estos mártires. En el decreto se incluían también los martirizados en el Tonkín en el siglo XVIII, es decir, Francesc Gil de Federich, Mateo Alonso Leciniana, Jacinto Castañeda y Vicente Liem de la Paz. En septiembre de 1905 se hizo un reconocimiento de restos en la tumba de Vic y se extrajeron algunas reliquias del Beato Almató.

La beatificación tuvo lugar en la basílica de San Pedro de Roma el domingo 20 de mayo de 1906. Asistió a ella una representación de la diócesis de Vic, con su Prelado a la cabeza, el Venerable Josep Torras y Bages, terciario

dominico desde su juventud. El 10 de diciembre de 1905 había dirigido una pastoral a sus diocesanos orientada a preparar semejante acontecimiento.

En Sant Feliu Sasserra se organizaron solemnes celebraciones de acción de gracia, los días 24, 25 y 26 de agosto de 1906.

Tras la beatificación, los restos de Pere Almató fueron colocados en un altar que se le dedicó en la iglesia de la Casa Madre de Anunciata. Como es bien sabido allí se veneraron hasta la persecución religiosa de 1936 en que fueron profanadas. En aquel lugar se encuentra hoy la capilla dedicada a Sant Francesc Coll, y en ella se veneran sus reliquias.

Con una multitud de mártires del Vietnam, el Papa Juan Pablo II lo canonizó el 19 de junio de 1988. Hace un mes se han cumplido los veinticinco años. La Congregación de la Anunciata, con tal motivo, le dedicó un digno memorial en la iglesia de la Casa Madre. Lo bendijo el Dr. Guix i Ferreres. Al pie de su imagen se formula el anhelo de que el mártir consiga del Señor aumento de vocaciones misioneras.

Puede decirse que su recuerdo y veneración ha permanecido muy vivo en el Vietnam, donde hoy día la Orden de Predicadores tiene su provincia prácticamente más numerosa entre todas las provincias. La diócesis de Vic ha cuidado particularmente su memoria. En el Boletín Eclesiástico diocesano publicó ya en 1862 la carta del Vicario Apostólico fray Hilario Alcázar notificando la muerte de los mártires.

El obispo Morgades procuró sus restos. Torras i Bages fomentó su devoción de tantos modos. Puede recordarse su pastoral de 10 de diciembre de 1905, con el deseo de preparar a los fieles para la beatificación en mayo de 1906, en la que participó personalmente, así como una representación de las Hermanas de la Anunciata y de la diócesis. En tierras de Vic, afirmaba, floreció ya su santidad, para esta diócesis era el amigo de todos y casi el pariente, aquí tenía aun diferentes sacerdotes condiscípulos que le conocieron y trataron. Fue coronado con las rosas rojas del martirio y con los blancos lirios de la inocencia. Con las dos alas de la fe y de la caridad cristiana voló desde el seminario a la apostólica Orden de los Frailes Predicadores, de España a Asia y de la tierra al cielo. Todavía en agosto de 1906 y tras la beatificación le dedicó nuevo recuerdo.

En 1930 el obispo Perelló se hizo oficialmente eco del Centenario del Nacimiento y del 25 aniversario de la beatificación. No podía menos de recordar a un héroe del cristianismo, sobre todo para proponer a las futuras generaciones sus altos ejemplos de virtud, que debe conservarse como patrimonio sagrado. Realmente vivió de la oración, murió orando, y puede ser modelo de oración. Almató llevó con garbo y con mucha alegría la cruz de la religión. En 1951 este mismo obispo animaba a trabajar por la causa de canonización.

El obispo Masnou alentó la celebración del Centenario del martirio en 1961, y publicó con tal motivo una larga carta pastoral dedicada a la juventud. Recordaba en ella que cuando él era alumno del seminario menor ya existía la Academia Misionera que llevaba el nombre de Pere Almató, y lo calificaba de gran figura de la diócesis, asegurando que los santos hacen bien a la tierra por lo menos dos veces: mientras viven, y después de su muerte. A ejemplo de Almató invitaba a la juventud a encontrar un sentido a la vida. En esta pastoral incluyó una oración donde resaltaba la fe del mártir.

Mons. Guix i Ferreres, además de una cuidada Carta Pastoral para preparar la canonización, participó en los diferentes actos que se celebraron después por la diócesis, a comenzar por la catedral. En su homilía del 12 de octubre de 1988, expresaba sus fervientes votos para que por intercesión de Sant Pere Almató florecieran en la diócesis centros de estudio, de formación y de plegaria adaptados a las circunstancias actuales, capaces de preparar sacerdotes, religiosos y laicos santos y llenos de espíritu misionero.

El fuego de la devoción ha permanecido siempre vivo en su parroquia natal. Uno de los promotores ha sido Mossèn Lluís Freixa, que tanto mérito tiene en la recopilación de escritos que ayuden a conocer más profundamente a nuestro Santo.

* * *

Sant Pere Almató es una figura insigne de vida cristiana y un modelo de respuesta generosa a su vocación de fraile predicador. Dios quiso coronarle con el martirio y así colocar su vida como sólido cimiento que ayudara a levantar el edificio de la Iglesia entre sus hijos del lejano Oriente. La vida de Almató es un faro luminoso para nuestro tiempo, y un estímulo para los integrantes del Pueblo de Dios, en cuya esencia se incluye de un modo irrenunciable el compromiso de ser misionero.